

ECCLESIA, MUNDUS RECONCILIATUS

Algunas consideraciones sobre la Iglesia y reconciliación en San Agustín de Hipona

Entre los muchos títulos con los que la teología ha reconocido la importancia de San Agustín en la comprensión de los misterios centrales de la fe cristiana, destaca aquel de “Doctor Ecclesiae”¹, no sólo en el sentido de ser un maestro cuya doctrina es modélica –como que de hecho lo es–, sino en cuanto que ha sido uno de los que mejor supo explicar la realidad de la Iglesia. San Agustín amó intensamente a la Católica, y su amor le llevó a profundizar en sus diversos aspectos. Ha escrito y descrito acerca de su unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad. Ha reflexionado sobre su maternidad, pero también sobre su virginidad, en cuanto integridad en la fe, esperanza y amor. Explica la dimensión sponsal de la Iglesia, entregada a la contemplación y al servicio de su Señor. El Hiponense es el gran Doctor del Cuerpo místico, y su enseñanza sobre el “Christus totus” es única entre los Padres. Ante los ataques de maniqueos, donatistas y paganos, San Agustín defendió la verdad de la Iglesia, destacando su realidad histórica y su credibilidad, así como su universalidad y su mediación salvífica. No es exagerado afirmar que su doctrina ha marcado un derrotero y ha inspirado el desarrollo de la eclesiología en Occidente.

De los diversos temas de la doctrina de la Iglesia en San Agustín, quisiéramos tocar en esta ocasión un aspecto que tal vez no haya merecido mucha atención. Se trata de la consideración de la Iglesia como “mundo reconciliado”. Los textos más conocidos que profundizan en la eclesiología agustiniana, no desarrollan este punto, y a lo más lo mencionan de manera tangencial²,

1. “ ‘Augustin mérite d’être nommé le *docteur de l’Eglise* aussi bien que le *docteur de la grâce*’. Ainsi s’exprime M. Specht, *Die einheit der Kirche*, 1881, p. 4 ...”. Portalié, Eugene. “Augustin (Saint)”. En: *Dictionnaire de Théologie Catholique*. Dir. por A. VACANT y E. MANGENOT. Tomo I.II. París; Librairie Letouzey et Ané 1923, col. 2408.

2. Cfr. Stanislaus GRABOWSKI. *La Iglesia. Introducción a la teología de San Agustín*. Madrid; RIALP 1965; Teodoro C. MADRID. *La Iglesia Católica según San Agustín*. Madrid; Editorial Re-

y ello se debe a que el término no es muy empleado por el Santo. No obstante, aún cuando no aparezca muchas veces, la expresión “mundo reconciliado” referida a la Iglesia ofrece una perspectiva muy interesante, cuyo valor ha sido reconocido por la teología y también por el magisterio. El tema de la reconciliación como categoría teológica ha sido explotado por San Agustín, y en su obra escrita aparecen interesantísimas intuiciones, que tocan prácticamente todos los ámbitos de la teología³. Por su parte, tanto el Papa Juan Pablo II⁴, como el *Catecismo de la Iglesia Católica*⁵, han recogido la expresión agustiniana “mundo reconciliado”, ilustrando con ella una dimensión muy importante de la Iglesia, como tendremos ocasión de constatar.

• Los fundamentos

El Doctor de Hipona habla de la Iglesia como “mundo reconciliado” a partir de una interpretación muy particular del conocido pasaje paulino de 2 Cor 5, 18-20. Dirigiéndose a los corintios, y recordándoles que quien está en Jesucristo es como una nueva creación, el Apóstol de los Gentiles dice: “Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando el

vista Agustiniana 1994; Rafael PALMERO RAMOS. *Ecclesia Mater en San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*. Madrid; Cristiandad 1970; Joseph RATZINGER. *Popolo e Casa di Dio in Sant'Agostino*. Milano; Jaca Book 1978; S. FOLGADO FLÓREZ. “Sentido eclesial católico de la *Civitas Dei*. Puntos de eclesiología agustiniana”. En: *Augustinianum*, vol. XIV (Roma 1974), pp. 91-146; Pierre BATTIFOL. “L'ecclésiologie de Saint Augustin”. En: *Revue Biblique*, vol. XIII (París 1915), pp. 5-34 y 281-357, entre otros muchos. Aún sin tratar exclusivamente de la eclesiología de Agustín, hay una interesante referencia en Henri de Lubac. *Meditación sobre la Iglesia*. Madrid; Encuentro 1980, p. 150, cuyo contenido nos ha ayudado mucho en la presente reflexión.

3. Cfr. nuestro trabajo *Jesucristo Reconciliador. La reconciliación por Jesucristo en 'La Ciudad de Dios' de San Agustín*. Lima; Vida y Espiritualidad-FTPCL 1996, en donde se profundiza en la dimensión cristológica de la reconciliación, que ha desarrollado Agustín, especialmente en *La Ciudad de Dios*. También los artículos: “El Espíritu Santo reconciliador en la teología de San Agustín de Hipona”. En: *Revista Teológica Limense*, vol. XXXII (Lima 1998), pp. 57-72; “Dios Padre, origen y meta de la reconciliación en San Agustín. Una reflexión a partir de los Tratados sobre el Evangelio de San Juan”. En: *Revista Teológica Limense*, vol. XXXIII (Lima 1999), pp. 97-112; “Paz y reconciliación en San Agustín”. En: *Revista Teológica Limense*, vol. XXXIV (Lima 2000), pp. 585-604.

4. Cfr. S.S. JUAN PABLO II. Exhortación Apostólica postsinodal *Reconciliatio et poenitentia* (1984), n. 25, que se refiere al diálogo como medio de reconciliación. Pero en un número anterior (n. 11) el Papa ha denominado a la Iglesia “sacramento, o sea, signo e instrumento de reconciliación”.

5. Ver *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), n. 845.

mundo consigo, no tomando en cuenta las trasgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!”.

La cita de 2 Cor 5, 18-20 aparece una treintena de veces en las obras de San Agustín⁶, y en los contextos doctrinales más diversos. Así, es empleada por el Santo cuando polemiza contra los donatistas (lo más común) o contra los pelagianos, para refutar la errónea doctrina que dice que en los recién nacidos no hay nada que reconciliar, lo cual lleva a negar la existencia del pecado original. Esto es refutado a partir de la constatación de la reconciliación obrada por el Señor Jesús⁷. Es mencionada también cuando Agustín interpreta pasajes del Antiguo Testamento desde una perspectiva cristológica, remitiendo el sentido algunas veces a los cristianos, miembros del Cuerpo del que Jesús es Cabeza⁸, o también al mismo Jesús⁹. En otras ocasiones, la cita paulina está al servicio de una interpretación eclesiológica de pasajes

6. Tenemos: *Quaestiones Evangeliorum*, II, 33; PL 35, 1345; cinco referencias en los *Tratados sobre el Evangelio de Juan*: tr. 41, 5; PL 35, 1695; tr. 52, 10; PL 35, 1773; tr. 87, 2; PL 35, 1853; tr. 110, 2 ss; PL 35, 1920 y 1922; once referencias en las *Enarraciones sobre los Salmos*: *In ps.* 9, 15; PL 36, 119; *In ps.* 34, II, 5; PL 36, 337; *In ps.* 59, 8; PL 36, 718; *In ps.* 67, 23; PL 36, 828; *In ps.* 67, 40; PL 36, 837; *In ps.* 68, I, 2; PL 36, 847; *In ps.* 70, I, 12; PL 36, 882; *In ps.* 71, 6; PL 36, 904; *In ps.* 75, 1; PL 36, 956; *In ps.* 95, 14; PL 37, 1235; *In ps.* 118, s. 4, 8; PL 37 1511; *sermón* 81, 3; PL 38, 500-501; *sermón* 96, nn. 6 y 8 (dos referencias diversas); PL 38, 588; *sermón* 121, 1; PL 38, 678; *sermón* 152, 10; PL 38, 824; *sermón* 162 B; PL 39, 1709; *sermón* 219; PL 38, 1087 ss; *sermón* 325, 1; PL 38, 1447-1448; *Resumen del Debate con los Donatistas* IX, 15; PL 43, 632; *Mensaje a los Donatistas después de la conferencia*, 6, 9; PL 43, 657 y 658-659; *Consecuencias y perdón de los pecados y el bautismo de los párvulos*, I, 27, 44; PL 44, 134; *Sobre la Corrección y la gracia*, 15, 46; PL 44, 944; *Réplica a Juliano*, VI, 5; PL 44, 823; VI, 9; PL 44, 826.

7. Así, recrimina a Juliano de Eclana diciéndole: “A no ser que llesves tu audacia hasta el extremo y digas que los niños no son elegidos del mundo cuando son lavados por el bautismo de quien está escrito: ‘Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo’ (2 Cor 5, 19). Si negáis que los niños tengan parte en esta reconciliación, les negáis que sean del mundo; no sé cómo tenéis cara para vivir en el mundo ...”. *Contra Juliano*, VI, 5; PL 44, 823-824. En otra obra contra el mismo heresiarca precisa esta misma idea: “Y todo el que dice que los niños están libres de pecado, en el cual fueron hechas las enemistades, les niega que pertenezcan a esta reconciliación por la cual Cristo es el mediador; en consecuencia, les excluye de la justificación que tiene lugar por la sangre de Cristo ...”. *Obra inacabada contra Juliano*, II, 172; PL 45, 1215.

8. Cfr. *Enarración sobre el salmo* 68, I, 8; PL 36, 847: “*desfallecieron mis ojos esperando en mi Dios*. No permita Dios que se tome esto de la persona de la Cabeza. No desfallecieron los ojos esperando en su Dios, en aquel en quien estaba reconciliando el mundo consigo y en Aquel que siendo Verbo se hizo carne (...) sino que desfallecieron los ojos de su cuerpo, es decir, de sus miembros”.

9. “*Dirigía mi oración a mi interior* (cf. Sal 34, 13). Lo que por ahora se me ocurre (...) es que se dijo: *dirigía mi oración a mi interior o seno*, pues en su seno traía al Padre. Pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo ...”. *Enarración sobre el salmo* 34, s. 2, n. 5; PL 36, 337.

veterotestamentarios¹⁰. Es muy común el empleo de una interpretación alegórica o acomodaticia en estos casos.

Al analizar lo dicho por San Agustín sobre 2 Cor 5, 18-20, destaca una peculiaridad, que puede describirse como interpretación “joánica” del pasaje paulino. Ciertamente, es a la luz de San Juan, y específicamente de la comprensión de la palabra “mundo”, propia del cuarto evangelista, como el Hiponense entiende aquello de que “en Cristo Dios estaba reconciliando al mundo consigo”. Este aspecto tan singular nos pone ante los ojos un camino muy sugerente. San Agustín, en su exégesis particular sobre este punto, aparece conciliando la dimensión mística y contemplativa, característica de San Juan, con la dimensión marcadamente soteriológica y práctica de San Pablo¹¹. Lejos de oponerse, las dos visiones están armoniosamente entrelazadas en el pensamiento del Doctor de Hipona, lo que refleja también su experiencia personal. El Santo cuenta en sus *Confesiones* cómo la lectura de los libros de los platónicos desde la clave de comprensión brindada por el Evangelio de San Juan lo arrancó de su error maniqueo y, sobre todo, de su equivocada concepción de Dios¹², y también rememora la importancia que tuvo para su conversión el contacto con las Cartas de San Pablo¹³. En la vida de Agustín, la lectura de San Pablo marca todo su recorrido, y tanto de novel convertido, como de curtido obispo, siempre se remitirá al magisterio del Apóstol de los Gentiles para explicar y defender el misterio de Jesucristo presente en la Escritura¹⁴.

La interpretación de 2 Cor 5, 18-20 desde la teología de San Juan es complementada con el marco doctrinal ofrecido por la polémica de San Agustín

10. “Puede entenderse muy bien *reciban los montes la paz para el pueblo* de tal suerte que entendamos por paz la reconciliación por la que nos reconciamos con Dios (...) Aquí tenéis cómo los montes reciben la paz para el pueblo. *Como que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo; no imputándoles sus delitos sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación...*”. *Enarración sobre el salmo 71*, 6; PL 36, 904. ¿Quiénes son estos montes y collados? El mismo Agustín lo precisa un poco más adelante: “Debe entenderse por montes y collados los predicadores de la paz evangélica, tanto los anteriores como los posteriores”. *Allí mismo*.

11 Al decir que San Juan muestra una visión más mística no se quiere decir que le sea ajena una perspectiva soteriológica. De igual modo, hablar de dimensión soteriológica en Pablo no niega ni excluye la misma perspectiva en San Juan. Se trata, como es obvio, de acentos. Pero son estos acentos los que dibujan la fisonomía particular de cada autor.

12. Cfr. *Confesiones*, VII, 9, 13-14; PL 32, 740-741.

13. Cfr. el famoso episodio del Huerto, que marca el momento culmen de la conversión de Agustín: *Confesiones*, VIII, 12, 29; PL 32, 762.

14. “Cette lecture de Paul eut pour Augustin des conséquences considérables: l’apôtre Paul devint désormais le maître à penser du futur évêque d’Hippone, le critère du dernier recours dans les cas des obscurités ou des scandales de l’Ecriture”. Anne-Marie La Bonnardière. “L’initiation biblique d’Augustin”. En: *Saint Augustin et la Bible*. Dir. por Anne-Marie La Bonnardière. Paris; Beauchesne 1986, p. 42.

con los donatistas. Ciertamente, la discusión con estos cristianos cismáticos, llenos del ideal –equivocado– de una Iglesia de los puros, que rechaza todo pecado y a todo pecador, ha brindado al obispo de Hipona la ocasión para clarificar dos cuestiones muy importantes que, de alguna manera, venía reflexionando desde la confrontación con el maniqueísmo. Se trata de la valoración del “mundo”, por una parte, y de lo que significa la “Iglesia”, por otra¹⁵. Para los donatistas, el mundo es el ambiente de pecado en el que no pueden vivir los santos –es decir, los miembros de la *pars Donati*– y, por lo mismo, la realidad que hay que rechazar y evitar a toda costa, de allí que por lo que conocemos de la historia, y por lo que describe San Agustín, hayan sido unos marginales¹⁶. En lo que se refiere a la Iglesia, los donatistas consideraban que la ausencia de contacto con el mundo pecador (cultura, sociedad, vida política) debía caracterizar a la verdadera Iglesia; al interior de ella, la santidad y la carencia de pecado eran el criterio de autenticidad y de verdad, de allí su rechazo violento de la Católica como falsa, por pecadora e impura. En buena lógica, se desprende de todo esto que siendo la “Iglesia” pura y santa, sólo ésta –es decir, ellos– podía transmitir lo santo¹⁷. Por eso, consideraban que solamente los sacramentos celebrados por un ministro santo (en estado de gracia) podía comunicar la gracia, por ende, ser válido. El punto de conflicto, a este nivel, era la costumbre donatista de rebautizar a los católicos que se pasaban a la secta. Desde el siglo IV, el donatismo fue un grave problema que afectó la vida del Pueblo de Dios en África, y si bien es verdad que gracias al esfuerzo de San Agustín y de los obispos católicos

15. Es común a maniqueos y donatistas una valoración completamente negativa del mundo, en unos desde un punto de vista “metafísico” –si cabe la expresión– y en otros desde una perspectiva sobre todo moral. No puede ser bueno un mundo que tiene como uno de sus elementos constitutivos lo material, considerado por los maniqueos como un principio malo.

16. Notemos que tanto en los maniqueos como en los donatistas, el rechazo del mundo los llevaba a una actitud de evasión y de ausencia de compromiso, por lo que ellos mismos se excluían de la vida social, cultural y política.

17. Señala Robert A. Markus que los donatistas heredan la tradición cristiana norteafricana que establece una marcadísima separación entre Iglesia y mundo: “La tradición cristiana africana había concedido desde antiguo gran importancia al ‘estado de separación’ en que la Iglesia vivía con respecto al mundo, y deseaba trazar una firmísima línea de demarcación en torno a la Iglesia. Dentro de esta línea se hallaba la esfera de la pureza y la santidad, rodeada por un mundo de pecado y de contaminación. La Iglesia era una sociedad que constituía una alternativa al ‘mundo’; era el refugio de los santos. La santidad se hallaba en su interior. Más allá de sus lindes se encontraba el mundo, regido por poderes hostiles y demoníacos. No podían coincidir en nada. El mundo y la Iglesia se excluían mutuamente”. “Donato, donatismo”. En: *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*. Dir. por Allan D. Fitzgerald O.S.A. Burgos; Monte Carmelo 2001, p. 444.

se restauró la vida eclesial, las consecuencias y los rezagos del cisma duraron hasta entrado el siglo VI¹⁸.

Pero en todos los elementos señalados anteriormente resplandece la figura de Jesucristo como un punto clave de intelección del “mundo reconciliado”. Es de Cristo y de su obra de quien se habla en 2 Cor 5, 18-20, y sólo teniendo al Señor Jesús como referencia central es que se puede comprender lo que San Agustín enseña sobre la Iglesia. Si tomamos en consideración que la temática del “mundo reconciliado” está ligada a la polémica antidonatista, y que en esta polémica se discute sobre cuál es la Iglesia verdadera, la respuesta tiene que ser buscada en relación a Jesucristo. ¿Dónde actúa Cristo Salvador? ¿Dónde bautiza y otorga su gracia? Para San Agustín, los donatistas, al considerar que sólo los ministros “santos” (= ellos) bautizaban válidamente, se arrogaban el *derecho* de bautizar que únicamente pertenece a Jesucristo. Los que bautizan tienen el ministerio, otorgado por el Señor, pero el derecho (potestas) pertenece a Cristo. Él dio el ministerio a todos los que confieren el bautismo, buenos y malos. Pero el derecho a bautizar le es propio. ¿Cómo puede alguien apoderarse de tan salvífica prerrogativa?¹⁹

San Agustín comprendió muy bien que la afirmación donatista de que sólo los ministros sin pecado pueden bautizar válidamente lleva a la negación de la acción salvífica de Jesucristo, que obra a través de sus sacramentos²⁰. Pero los sacramentos, siendo lo que son, signos sensibles que dan la gracia a toda la humanidad, necesitan de una instancia al mismo tiempo sensible y ‘comprometida’ con toda la humanidad, no sólo con una parte de ella. Lo que nos remite a la Iglesia universal, o mejor aún, en su nombre propio, Católica.

18. Sobre el donatismo, se puede consultar Pedro Langa O.S.A. “Introducción general” a los escritos antidonatistas. En: *Obras de San Agustín*. Vol. XXXIII. Escritos antidonatistas. Madrid; B.A.C. 1988, pp. 5-155; W.H.C. FRENCH. “Donatismo”. En: *Diccionario Patristico y de la Antigüedad Cristiana*. Dir. por A. Di Berardino. Tomo I. Salamanca; Sígueme 1991, pp. 633-640. Desde una perspectiva más histórica y biográfica, pero no por ello menos interesante y profunda, F. VAN DER MEER. *San Agustín, pastor de almas. Vida y obra de un Padre de la Iglesia*. Barcelona; Herder 1963, pp. 123-182.

19. “Juan (el Bautista) aprende en aquel que ya conocía, pero aquello que no sabía, porque lo que sabía yano lo aprende. ¿Qué sabía? Que era el Señor. ¿Qué ignoraba? Que el Señor no haría jamás transferencia del poder de bautizar a nadie, sino solamente haría transferencia ministerial: el derecho, a nadie; el ministerio, sí, a buenos y malos”. San Agustín. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 5, 12; PL 35, 1419.

20. “Pretendían (los donatistas) ser los únicos que podían bautizar válidamente: consideraban que la santidad era una privativa de la Iglesia donatista. De más está decir las consecuencias eclesiológicas que esta actitud acarrea. Su fundamento teológico era la negación del papel fundamental de Cristo en la economía salvífico-sacramental”. F.J. Weismann O.S.A. “Cristo, Verbo Creador y Redentor en la controversia antidonatista de los *Tractatus in Ioannis Evangelium* I-XVI de San Agustín”. En: *Stromata*, vol. XLII (Buenos Aires 1986), p. 310.

Todo lo que se pueda decir de Jesucristo, en esta polémica, halla su aplicación concreta en la Iglesia. De donde se sigue que la fe que proclama a Cristo como Salvador se patentiza en la universalidad de la Iglesia, que actualiza *hic et nunc* el don reconciliador del Señor Jesús mediante sus sacramentos. La catolicidad aquí deviene consecuencia del misterio del Verbo Encarnado y Redentor, que a través de sus mediaciones, sigue salvando en la historia²¹.

• El mundo como marco

La primera cuestión a resolver, para una correcta intelección de la Iglesia como “mundo reconciliado”, es la comprensión de la palabra “mundo”. Tarea tanto más necesaria cuanto que, en su uso, encontramos diversos significados. Centrándonos en nuestro cometido, podemos ver que la palabra es recogida por San Agustín del lenguaje neotestamentario, y, según lo indicado previamente, se remite a San Pablo y a San Juan. Ahora bien, el término griego κόσμος es empleado 78 veces en el evangelio de San Juan y unas 46 veces en las cartas de San Pablo, lo que nos da a entender que posee una gran importancia en la teología de ambos autores²². Se trata de una expresión con diversos sentidos, pero todos vinculados entre sí. En primer lugar, “mundo” indica la creación, y en cuanto se refiere a todo lo que existe, tiene un matiz bueno y positivo. Así, Dios ha creado el mundo²³, y tanto lo ha amado que ha enviado a su Hijo al mundo²⁴; Jesús mismo es el pan vivo que baja del cielo y da la vida al mundo²⁵ y él mismo afirma que no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve²⁶. En segundo lugar, “mundo” es también el

21. “Si preguntamos *Cur Deus homo?* tenemos un Cristo mediador, maestro, redentor, camino, verdad, vida, etc. Pero ya que Cristo entró en la historia, nació, murió y está sentado a la diestra del Padre, hay que preguntar *Cur Ecclesia?* Y entonces tenemos la misma respuesta: porque Cristo necesita mediaciones y sigue siendo pastor, médico, maestro, redentor, etc. Y no sólo esto sino que la Iglesia misma necesita mediaciones y entonces hay que seguir preguntando *Cur sacramenta?* Y la respuesta seguirá siendo la misma”. Lope Cilleruelo. “El cristocentrismo de San Agustín. El período antidonatista”. En: *Estudio Agustiniano*. Vol. XVIII (Valladolid 1983), p. 325.

22. De lejos, son los que más emplean la palabra en todo el Nuevo Testamento. Cfr. H. SASSE. “κόσμος”. En: *Grande Lessico del Nuovo Testamento*. Fundado por Gerhard Kittel; cont. por Gerhard Friedrich. Volumen V. Brescia; Paideia 1969, cols. 916-917.

23. Cfr. Hch 17, 24, Rom 1, 20; Ef 1, 4

24. Cfr. Jn 3, 16; Jn 1, 9.

25. Cfr. Jn 6, 33; Jn 6, 51. En el mismo sentido, Rom 11, 15: “Porque si su rechazo ha sido la reconciliación del mundo ...”; 1 Tim 1, 15.

26. Jn 12, 47.

conjunto de los hombres, la humanidad²⁷, y bajo este sentido podría abarcar-se todo lo que es la vida social, la cultura, la política. Lo cual nos aproxima al tercer sentido de la expresión, que es el de la creación y la humanidad con sus plasmaciones bajo el dominio del pecado. Así, Jesús habla de Satanás como del “príncipe de este mundo”²⁸, y por ello se entiende que el mundo odie a Jesús y a los discípulos²⁹; los odia, porque al haberlos sacado del mundo, ya no son del mundo³⁰. La expresión “pecado del mundo” indica la realidad de un mundo que, dominado por el pecado, se aparta de Dios, y así se pueden ver a Cristo y al mundo como antagonistas. El Señor Jesús triunfa; por ello puede decir con verdad: “En el mundo tendréis tribulación; pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”³¹.

Un buen ejemplo que ilustra esta diversidad de significados está en Jn 1, 10: “En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció”. La misma expresión (“mundo”) tiene en este pasaje tres sentidos distintos. “En el mundo estaba” se refiere al mundo de los hombres, con quienes convive el Verbo al encarnarse y hacerse miembro de una comunidad. “Y el mundo fue hecho por ella”. Aquí, mundo significa la creación toda, obra del Verbo-Hijo, como nos recuerdan otros pasajes neotestamentarios³². “Y el mundo no la conoció”. En este caso, se trata del mundo pecador, que desconoce culpablemente al Hijo de Dios, y que encuentra una concreción en aquellos que no recibieron a Jesús, los “suyos” del versículo siguiente³³.

Los diversos sentidos hasta aquí explicados los encontramos también en San Agustín. Siguiendo especialmente al cuarto evangelista, descubre en la expresión “mundo” una riqueza de significados que introduce en el conocimiento del misterio revelado, y sitúa al creyente en el ámbito de los designios

27. Cfr. Jn 8, 12: “Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no camina en tinieblas...”; Jn 9, 5; Jn 12, 46. En Pablo: 1 Cor 4, 9 (incluye a los ángeles como miembros del mundo); Rom 3, 6 y passim.

28. Jn 12, 31.

29. Jn 15, 18.

30. Jn 17, 14.

31. Jn 16, 33; cfr. Jn 1, 29. “En cuanto que en Juan, hablando del κῆμοζ se dice que no conoce ni al Hijo de Dios, ni a Dios, que no cree, que odia, el κῆμοζ viene entendido en cierto sentido de manera personal, como el gran antagonista del Redentor en la historia de la Salvación”. H. Sasse, art. cit., col. 948.

32. Cfr. Jn 1, 3; 1 Cor 8, 6 ss, Col 1, 15; Hbr 1, 1-2.

33. “El mundo sale hasta 77 veces en el cuarto evangelio. Puede significar el universo (raro), los hombres (frecuente), los que no conocen o son enemigos de Dios y de Cristo (sentido peyorativo y moral)”. Juan Leal S.I. “Evangelio de San Juan. Traducción y comentario”. En: *La Sagrada Escritura. Texto y comentario por los Profesores de la Compañía de Jesús*. Nuevo Testamento. Tomo I. Dir. por Rafael CRIADO S.I. y Juan LEAL S.I. Madrid; B.A.C. 1961, p. 811. Vid. también ANDRÉ FEUILLET. *El prólogo del cuarto evangelio*. Madrid; Paulinas 1971, p. 59.

de Dios. Así, en los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, comentando el mencionado pasaje de Jn 1, 10, dice:

“¿Qué sentido tiene: *El mundo ha sido hecho por él?* Se da la denominación de mundo al cielo, a la tierra, al mar y a todo lo incluido en ellos. En otro sentido, mundo son sus amadores. *El mundo se hizo por él y el mundo no lo conoció.* ¿No conocieron los cielos a su Creador ni tampoco los ángeles ni las estrellas, cuando aún los mismos demonios lo confesaron? Todo dio a porfía testimonio de él. ¿Quiénes, pues, no le conocieron? Los que por su amor al mundo fueron llamados mundo. El amor hace que se habite con el corazón. Su amor del mundo los mereció llevar el nombre de mundo, que es donde habitaban”³⁴.

Resulta muy interesante constatar que, además de los sentidos ya indicados de la expresión, se pueda encontrar uno más, y éste de gran alcance. Considera San Agustín que con la palabra se indica no sólo a la creación, o a la humanidad en general –que, a fin de cuentas, habita en este mundo, no en otro– sino de manera particular, a quienes aman al “mundo”. El amor aparece como criterio de identidad, porque, según el Doctor de Hipona, uno es lo que ama³⁵. Amando al mundo, el hombre se hace mundo:

“Así es como se dice. Esta casa es buena o esta casa es mala. Ni en la mala censuramos los muros ni en la buena los elogiamos. La calificación de buena o mala afecta a quienes la habitan. En este sentido llevan la calificación de mundo quienes por el amor habitan en él. ¿Quiénes son éstos? Los que aman el mundo. Su corazón fija allí su morada. Quienes no aman el mundo viven sólo en él corporalmente, pero con el corazón viven en el cielo, según estas palabras del apóstol: *Nuestra conversación es en los cielos* (Flp 3, 20). Esto es lo que significa que *el mundo fue hecho por él y el mundo no lo conoció* (Jn 1, 10)”³⁶.

El amor al mundo supone un matiz negativo, ya que, siguiendo a Santiago, la amistad con el mundo es enemistad con Dios³⁷. Pero hay que tener en cuenta que, junto a esta cierta negatividad, hay también un aspecto positivo. Se puede amar bien, y más aún, existe un recto y correcto amor al mundo. Dios es el criterio referencial. Amar al mundo en Dios es participar del amor

34. SAN AGUSTÍN. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 2, 11; PL 35, 1393.

35. “Cada uno es tal cual es su amor. ¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios? ¿Diré que serás Dios? No me atrevo a decirlo como una cosa mía; oigamos la Escritura: *Yo dije: todos sois dioses e hijos del Altísimo* (Sal 81, 6)”. *Exposición de la Carta de San Juan a los Partos*, II, 14; PL 35, 1997.

36. SAN AGUSTÍN, *lug. cit.*

37. St 4, 4.

de Dios al mundo. Así, comentando sobre el hecho de que el Diablo es llamado “príncipe de este mundo”, San Agustín precisa lo siguiente:

“Lejos de nosotros pensar que el diablo, por el hecho de ser llamado príncipe del mundo, ejerza su dominio sobre el cielo y sobre la tierra. Por mundo se entiende los hombres malos diseminados por todo el orbe, del mismo modo que por los habitantes se dice de una casa que es buena o mala; entonces no reprendemos o alabamos las paredes y techos del edificio, sino las costumbres buenas o malas de sus moradores. En este sentido, pues, se le llama príncipe de este mundo, es decir, príncipe de todos los malos que en el mundo habitan. También se dice el mundo de los buenos, que igualmente están diseminados por toda la haz de la tierra; del cual dice el Apóstol: *Dios estaba en Cristo para reconciliar al mundo consigo* (2 Cor 5, 19). Estos son aquellos de cuyo corazón se lanza fuera al príncipe de este mundo”³⁸.

Tenemos entonces que, para San Agustín, hay un mundo bueno y un mundo malo, y el criterio para reconocer cada uno de ellos es su amor. No hay una visión platonizante ni maniquea en todo esto, sino más bien el seguimiento fiel del Nuevo Testamento. Puesto en otros términos, para San Agustín, el mundo no es malo por ser mundo; es malo porque hay en él seres humanos que obran mal y le dan una negatividad que no es metafísica, sino moral. Pero del mismo modo hay hombres buenos y éstos son los que hacen posible un mundo bueno, pues son reflejo del amor de Dios y de Jesucristo. Notemos cómo, desde este punto de vista, ya aparece vislumbrada toda la temática de las dos ciudades, que el Hiponense desarrollará magistralmente en su impercedera obra *La Ciudad de Dios*.

En línea de continuidad con su afirmación de un mundo bueno, San Agustín establece una relación de éste con la Iglesia. Con ello brota un nuevo sentido de “mundo”. La Iglesia puede ser llamada también mundo, y aquí la polémica con los donatistas ayudó a clarificar conceptos. En su obra *Resumen del debate con los donatistas*, San Agustín recuerda la discusión con los cismáticos acerca del término “mundo” tal como aparece en la parábola del trigo y la cizaña. Los donatistas, apegados a un sentido estrictamente literal –cerradamente literal, habría que decir– afirmaban que en la parábola en cuestión, el campo debía entenderse como el mundo”, siguiendo las palabras del mismo Jesús. En cambio, los católicos, con el Hiponense a la cabeza, sostenían que “el campo” se refiere también a la Iglesia:

“Querían los católicos demostrar cómo debían entenderse los divinos testimonios citados tanto por ellos como por los donatistas, para no aparecer en con-

38. SAN AGUSTÍN. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 52, 10; PL 35, 1773.

tradicción, siendo todos divinos y debiendo estar concordes; y comenzaron a hablar de la parábola de la era. Interrumpieron los donatistas diciendo que no se hallaba nada escrito en el Evangelio sobre la era. Y al citar los católicos el lugar del Evangelio, interrumpieron de nuevo y dijeron que los malos ocultos eran la paja que se sometería luego a la bielda. A continuación, entre los alborotos y las interrupciones que producían, comenzó una disensión sobre la cizaña y el trigo a causa del nombre de *mundo*, que los donatistas no querían se aplicara a la Iglesia, ya que está escrito: *El campo es el mundo* (Mt 13, 38). Citaron a continuación muchos otros testimonios, en los que la Santa Escritura identificaba el mundo con los malos (...) como queriendo demostrar con ello que no pudo de ninguna manera ser designada la Iglesia por el nombre de ‘mundo’.

Los católicos presentaban otros pasajes en que la palabra ‘mundo’ quedaba claro que tenía un sentido bueno, como por ejemplo: *Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo*, y otros por el estilo, en que se hace referencia a la Iglesia, que está reconciliada por Cristo con Dios³⁹.

Dos aspectos merecen ser resaltados en este largo párrafo. Lo primero es el modo de hacer exégesis esgrimido por unos y por otros. Los donatistas interpretan correctamente desde el sentido literal, en el caso de la parábola del trigo y la cizaña, pero yerran cuando asumen el sentido literal no sólo como algo “cerrado” en sí mismo, sino también desconectado de otros lugares de la misma Escritura. San Agustín entiende que el sentido literal, por ser propio de la Palabra humana que porta la Palabra de Dios, es “abierto”, y en ese sentido, remite a otros significados, no según el capricho del intérprete, sino según el criterio de unidad de toda la Escritura⁴⁰. Lo segundo que merece destacarse es el optimismo de San Agustín al interpretar “mundo” en un sentido francamente positivo y salvífico, frente al pesimismo de los donatistas⁴¹. Más todavía, “mundo” puede ser entendido como Iglesia. Con esto, entramos al tema central que ocupa nuestra reflexión.

39. SAN AGUSTÍN *Resumen del debate con los donatistas*, IX, 15; PL 43, 632. Cfr. también *Mensaje a los donatistas después de la conferencia*, 6, 9; PL 43, 657-659.

40. “Unipluralidad” es el nombre que da el P. Bertrand de Margerie a esta multisignificación, y ve en ella una manifestación de la riqueza de la Palabra de Dios escrita. Cfr. Bertrand de Margerie S.I. *Introduzione alla storia dell'esegesi*. Vol. 3. Sant'Agostino. Roma; Borla 1986, p. 84 ss. Recordemos que el Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación, *Dei Verbum*, n. 12, recuerda como criterio fundamental de interpretación “en el mismo Espíritu en que la Biblia ha sido escrita”, la unidad de toda la Escritura.

41. Contraste tanto más interesante cuanto que usualmente San Agustín es tildado de pesimista. Pero lo que brilla aquí, más que los temperamentos, es la fe. San Agustín es optimista en su interpretación porque es católico. El pesimismo de los donatistas brota de su sectarismo y de su heterodoxia.

• **Iglesia, mundo reconciliado**

Sabiendo, pues que “mundo” se refiere a los hombres, y que estos se distinguen por su amor, podemos reconocer en ambos tipos de hombres, y por ende en ambos mundos, caracteres y actitudes propias. San Agustín considera que aquellos que aman al mundo detestan a los que, estando en el mundo, aman a Dios. Este rechazo se expresa en persecución, de allí que se pueda hablar de un mundo que persigue y de un mundo que es perseguido:

“Está claro que el que persigue recibe el nombre de mundo: probemos que también lo recibe el que es perseguido. ¿Eres acaso sordo ante la voz de Cristo que dice, o mejor, de la Escritura que atestigua: *Dios estaba reconciliando el mundo consigo en Cristo* (2 Cor 5, 19)? *Si el mundo os odia, dice, sabed que antes me odió a mí* (Jn 15, 18). Ved que el mundo odia. ¿Qué odia sino al mundo? ¿Qué mundo? *Dios estaba reconciliando al mundo consigo en Cristo* (2 Cor 5, 19). Persigue el mundo condenado; sufre persecución el mundo reconciliado. El mundo condenado es cuanto está fuera de la Iglesia; el mundo reconciliado es la Iglesia”⁴².

El *Sermón 96*, del que hemos tomado esta referencia, tiene como tema la renuncia. Cuestiones como el amor, el mundo, el pecado y la gracia, se hallan allí presentes, y San Agustín los orienta hacia la acción salvífica de Jesucristo, que es propiamente la reconciliación. ¿Qué supone la reconciliación como obra de Jesús?

En el Nuevo Testamento, San Pablo es el gran teólogo de la reconciliación. Emplea esta categoría para expresar un aspecto fundamental de la salvación, que consiste en la eliminación del pecado que lleva al hombre a vivir en ruptura con Dios, consigo mismo, con los demás hombres y con la creación toda. Pero por otra parte, implica también la recuperación de la amistad y de la cercanía con Dios, así como la recepción del don de la filiación adoptiva. Así, recuerda el Apóstol que, si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo⁴³, cuánto más ahora que estamos justificados. La reconciliación es don del Padre por medio del Hijo⁴⁴ y tiene en los ministros de la Iglesia sus instrumentos y sus mensajeros⁴⁵. Cristo reconciliador establece la unidad entre los pueblos que por el pecado y el odio esta-

42. SAN AGUSTÍN *Sermón 96*, n. 8; PL 38, 588.

43. Cfr. Rom 5, 10.

44. Cfr. 2 Cor 5, 18-20 que es el conocido pasaje tantas veces citado por San Agustín, vid. nota 6.

45. “Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡Reconciliaos con Dios!”. 2 Cor 5, 20.

ban separados⁴⁶, juntándolos en su Cuerpo. El Señor Jesús, con su sacrificio en la cruz, ha reconciliado todas las cosas⁴⁷. La ruptura, el conflicto, la lejanía y la enemistad han sido vencidas por la restauración de la unidad, la paz y la cercanía logradas por la reconciliación de Jesucristo⁴⁸.

San Agustín, que por muchas razones puede ser considerado como un segundo Pablo, ha prestado una gran atención al tema de la reconciliación. Se trata de una categoría destacada en la teología del Santo de Hipona, y las referencias que podemos encontrar en sus obras son innumerables. Para él, Jesucristo es el mediador que nos reconcilia, quitando de en medio los pecados que nos separaban de Dios⁴⁹, de allí que con justicia y con precisión teológica podamos llamarlo “mediador y reconciliador”⁵⁰. La Encarnación del Hijo de Dios es categorizada por San Agustín desde la reconciliación, y por eso puede afirmar que: “por nuestra Cabeza somos reconciliados con Dios, porque en Dios está la divinidad del Unigénito, que se hizo partícipe de nuestra mortalidad para hacernos partícipes de su inmortalidad”⁵¹; al encarnarse, nos ha dado ejemplo de humildad, que es medicina que nos reconcilia⁵², de manera tal que al hacerse hombre, nacido de María, ha reconciliado a los alejados, unido a los separados, llamado a los enemigos y acompañado a los peregrinos⁵³. Su sacrificio en la cruz es lo que nos obtiene la reconciliación,

46. Ef 2, 14-16: “Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la ley de los Mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la Cruz ...”.

47. Col 1, 20-22.

48. Cfr. también Rom 5, 11; Rom 11, 15; 1 Cor 7, 11 ss, aunque en este pasaje se trata sobre la reconciliación entre marido y mujer. Cfr. F. BÜCHSEL. “*ἁλλασσω*”. En: *Grande Lessico del Nuovo Testamento*. Fundado por Gerhard Kittel. Cont. por Gerhard Friedrich. Vol. I. Brescia; Paideia 1965, cols. 673-696.

49. “... Hay un medio que nos separa, pero hay un mediador que nos reconcilia: el medio que nos separa es el pecado, y el mediador que nos reconcilia es el Señor Jesucristo”. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 41, n. 5; PL 35, 1695.

50. “... era necesario un mediador, esto es, reconciliador, que aplacase esta ira con la oblation de un sacrificio singular ...”. *Compendio de la fe, esperanza y caridad a Lorenzo*, 33, 10; PL 40, 248-249.

51. *Epístola 187*, 6, 20; PL 33, 839-840. Nótese el manejo de la “teoría del intercambio” característica de la época patrística, presentada en clave de reconciliación. Vid. también *Sermón 51*, n. 35; PL 38, 354.

52. “Luego, todos los hombres que creyendo, amaron y amando, imitaron la humildad de Cristo, ya por revelación antes de tomarla, ya por el Evangelio después de recibirla, fueron sanados por esta humildad de la impiedad de la soberbia para ser reconciliados con Dios”. *Exposición de la Carta a los Gálatas*, n. 24; PL 35, 2122.

53. “El que es Dios sobre todas las cosas, Hijo igual al Padre, se hizo hombre para que, siendo hombre-Dios, fuese mediador entre los hombres y Dios, y así reconciliase a los alejados, unie-

siendo ésta la realización plena del sacerdocio de Cristo⁵⁴. Si por el pecado; éramos –como dice San Pablo– hijos de ira, por la reconciliación obtenida por el sacrificio de Cristo, recibimos la gracia que nos salva y ahora somos hijos de Dios⁵⁵.

Todo lo que el Señor Jesús nos ha obtenido mediante el don de la reconciliación, es vivido en la Iglesia. Retomando lo indicado en el *Sermón 96*, podemos afirmar que la Iglesia es el “mundo” que por la fe, ha aceptado la reconciliación de Jesús y vive una nueva existencia, signada por la gracia, la cercanía con Dios Padre y el amor que restaura los vínculos fracturados por el pecado. Explicando a sus fieles de Hipona el sentido de la Vigilia pascual, San Agustín muestra que lo que distingue a la Iglesia (= mundo reconciliado) del mundo, es precisamente la certeza en la salvación obtenida por el Señor Jesús, que es apropiada por los creyentes mediante la fe:

“Resistamos, por tanto, a los gobernantes de las tinieblas con la luz de las vigi-
lias. No es ese mundo el que se mantiene en vela en esta solemnidad, sino aquel del que se dice: *Dios estaba reconciliando el mundo consigo en Cristo, no imputándoles sus delitos* (2 Cor 5, 19). Tanto resplandece en todo el orbe de la tierra la fama de esta vigilia que hasta obliga a estar despiertos en su carne a quienes no diré que duermen en sus corazones, sino que están sepultados en la impiedad infernal (...) En esta noche, pues, está en vela todo el mundo, tanto el mundo enemigo como el mundo reconciliado. Está en vela éste, ya liberado, para alabar al médico; está despierto aquél, ya condenado, para blasfemar contra el juez. Está en vela el primero, enfervorizado y resplandeciente en sus mentes piadosas; está despierto el segundo, consumiéndose y rechinando sus dientes. A aquél le impide dormir en esta fiesta la caridad, a éste la maldad; a aquél el vigor cristiano, a éste la envidia diabólica”⁵⁶.

se a los separados, llamase a los enemigos y acompañase a los peregrinos. Para esto se hizo hombre”. *Enarración sobre el salmo 100*, n. 3; PL 37, 1285. Sobre el mismo tema, vid. *Consecuencias y perdón de los pecados y el bautismo de los niños*, I, 26, 39; PL 44, 131; *Sobre el pecado original*, II, 26, 31; PL 44, 400; *Del Génesis a la letra*, VIII, 14, 32; PL 34, 385; *Sermón 361*, n. 16; PL 38, 1608 y numerosas citas.

54. “¿Qué pudiese tan gratamente ser ofrecido y recibido como la carne de nuestro sacerdote? Cuatro elementos integran todo sacrificio: el que ofrece, a quién se ofrece, qué se ofrece y por quiénes se ofrece. El único y verdadero mediador nos reconcilia con Dios por medio de este sacrificio de la paz, permanece uno con aquel a quien ofrece, se hace uno mismo con aquellos por quienes ofrece y el que ofrece es lo que ofrece”. *La Trinidad*, IV, 14, 19; PL 42, 901.

55. Cfr. *Compendio de la fe, esperanza y caridad a Lorenzo*, 41, 13; PL 40, 253; *La Ciudad de Dios*, X, 22; PL 41, 299-300; *Enarración sobre el salmo 67*, n. 32; PL 36, 833; *La Trinidad XIII*, 10, 14; PL 42, 1025.

56. SAN AGUSTÍN. *Sermón 219*; PL 38, 1088.

Cuando habla de la Iglesia y del mundo, y sobre todo, de la Iglesia en relación con el mundo, San Agustín establece una relación muy peculiar, que supone algunos aspectos muy delicados. Hay que tener en cuenta que está tratando con gente que acusa a la Iglesia de ser ajena al mundo, de marcar absolutas diferencias respecto de él, y por lo mismo, de desinvolucrarse del acontecer humano. Es el caso de los paganos, a los que el Doctor de Hipona dará magistral respuesta en *La Ciudad de Dios*. Pero al mismo tiempo, debe responder a los donatistas, que son más bien el extremo opuesto. Éstos acusan a la Iglesia de haberse mundanizado, de haberse prácticamente identificado con el mundo mediante el pecado y la impureza, de modo tal que ya no merece reconocimiento, y más bien ellos –los donatistas– proponían su facción como la auténtica Iglesia, precisamente a partir del rechazo y la no-vinculación con el mundo. En cierto sentido, y salvando las debidas diferencias, se podría decir que unos (los paganos) acusan a la Iglesia de “extrinsecismo” respecto del mundo; otros (los donatistas) critican a la Católica su “inmanen-tismo” e incluso su “identificación” con el mundo malo y pecador. ¿Cómo pasar incólume entre el *Caribdis* del extrinsecismo y el *Escila* del inmanen-tismo ‘eclesiológicos’?

La propuesta (y la respuesta) de San Agustín rebosa de tono católico. Sin tirarse a ningún extremo, se sitúa en un punto de equilibrio que considera la realidad toda en su justa perspectiva, valorando lo que es propio del mundo, pero destacando al mismo tiempo lo que constituye la identidad eclesial. Puesto en otros términos: la respuesta de Agustín ante los cuestionamientos establece un equilibrio entre *UNIDAD* y *DISTINCIÓN*. En primer lugar, *UNIDAD*. La Iglesia no constituye un mundo aparte, ajeno y extraño a nuestra realidad. Sus miembros han sido tomados del mundo, viven en el mundo, o, en terminología joánica, “están en el mundo”:

“Los que Él recibió del Padre son los mismos que Él escogió del mundo y los eligió para que no fuesen ya del mundo, como Él no es del mundo; mas de manera que ellos formen parte también del mundo que cree y conoce que Cristo fue enviado por el Padre para que el mundo fuese liberado del mundo, a fin de que el mundo que ha de ser reconciliado con Dios no perezca con el mundo su enemigo irreconciliable”⁵⁷.

Se puede establecer un paralelo entre la Iglesia en relación con el mundo, y la Ciudad de Dios en relación con la ciudad terrena. Tanto los miembros de la Iglesia, mundo reconciliado, como los de la Ciudad de Dios, caminan por

57. SAN AGUSTÍN *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 111, n. 1; PL 35, 1925.

este mundo y se hallan “mezclados” (“*permixta*”, dice San Agustín) con los miembros del mundo o de la ciudad terrena. En una y en otra, sus miembros son tomados del mundo, y allí viven, desempeñando labores profanas o seculares. La única existencia humana vivida en esta tierra es común a unos y otros. Y, en un plano más teológico, habrá que señalar que la invitación a vivir la comunión con Dios es ofrecida a todos sin excepción, tanto a los miembros del mundo reconciliado como a los miembros del mundo profano; tanto a los miembros de la Ciudad de Dios como a los miembros de la ciudad terrena. Unidad de existencia, de convivencia y de destino sobrenatural: tal es la primera constatación que puede ser establecida aquí.

En segundo lugar, **DISTINCIÓN**. La Iglesia no es el mundo. Retomando la terminología joánica, se puede decir que la Iglesia, que está en el mundo, “no es del mundo”. Se diferencia de él por su fe en Cristo, por el amor que vive y que no brota de ella misma, sino que es la apropiación del amor con el que Dios la amó, por Jesucristo y en el Espíritu Santo. A tal punto este amor es el núcleo distintivo de la identidad de la Iglesia, que configura su identidad de un modo nuevo, único e incomparable. San Agustín describe este amor configurador como reconciliador:

“El amor con que Dios ama es incomprensible, y al mismo tiempo inmutable. Porque no comenzó a amarnos desde cuando fuimos con Él reconciliados por la sangre de su Hijo, sino que nos amó antes de la formación del mundo para que, juntamente con su Hijo, fuésemos hijos suyos cuando nosotros no éramos absolutamente nada. Pero, al decir que hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, no debemos oírlo ni tomarlo como si el Hijo nos haya reconciliado con Él para comenzar a amar a quienes antes odiaba, al modo que un enemigo se reconcilia con otro enemigo para hacerse amigos, amándose después los que antes se odiaban; sino que fuimos reconciliados con el que ya nos amaba y cuyos enemigos éramos por el pecado”⁵⁸.

Este amor no sólo da identidad, también da una nueva realidad, un nuevo ser que es la Caridad de Dios, y que se vive como gracia (santificante)⁵⁹. Estando la Iglesia en el mundo, ya no es “mundo” porque posee un principio ontológico propio y distinto. ¿Cuál? “El amor de Dios ha sido derramado en

58. SAN AGUSTÍN *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 110, 6; PL 35, 1923.

59. “La fuente misma de la gracia es Dios por naturaleza, y por una gracia inefable es hombre, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen. Finalmente, ya que la gracia de Dios viene por Jesucristo, Señor nuestro, por Él mismo *éstos también han conocido*, dice, *que Tú me has enviado*. Este es el mundo reconciliado. Pero te han conocido porque Tú me has enviado; luego te han conocido por una gracia”. *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 111, 5; PL 35, 1929.

nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”⁶⁰. Pero está además la fe, que distingue al miembro de la Iglesia y lo “separa” del mundo profano. Creyendo, el ser humano participa de la misma vida de Dios, hace suyo el Designio del Creador y se inserta además en una comunidad. Así como la caridad, la fe posee un efecto reconciliador. Comentando las palabras de Jesús; “No ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que por su palabra han de creer en mí” (Jn 17, 20), San Agustín dice:

“Hay un mundo del que está escrito: *Para que no seamos condenados con este mundo* (1 Cor 11, 32). Por este mundo no ruega, porque no ignora el lugar a que está predestinado. Y hay asimismo otro mundo, del cual está escrito: *No ha venido el Hijo del Hombre a juzgar al mundo, sino para que por Él se salve el mundo*; por eso dice el apóstol: *En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo* (2 Cor 5, 19). Por este mundo ruega diciendo: *Para que crea que Tú me enviaste*. Esta es la fe que reconcilia al mundo con Dios, creyendo en Cristo, que fue enviado por Dios”⁶¹.

La Iglesia, “mundo reconciliado”, en cuanto que ha sido reconciliada, reconcilia ella misma a su vez. ¿Cómo? Ante todo, por medio de los sacramentos. Destaca de manera peculiar el bautismo, que nos hace miembros del Cuerpo de Cristo y, en esa medida, nos hace nacer a la vida sobrenatural⁶²; por el sacramento de la penitencia se recupera la gracia perdida por los pecados y se restaura la unidad de la Iglesia herida por las faltas personales⁶³; finalmente, la Eucaristía es celebración litúrgico-sacramental del sacrificio del Señor Jesús, y, en ese sentido, es memorial de la reconciliación obtenida a precio de sangre⁶⁴. Pero además de todo esto, la Iglesia es presentada como

61. SAN AGUSTÍN *Tratados sobre el Evangelio de San Juan*, tr. 110, n. 2; PL 35, 1920-1921.

62. “El poder ser regenerado por ministerio de voluntad ajena, cuando es ofrecido uin consagrando, es obra del único Espíritu. Éste es quien regenera al ofrecido, porque no está escrito: *Si alguien no renaciere de la voluntad de los padres o de los oferentes o ministros ... sino: Si alguien no renaciere del agua y del Espíritu Santo* (Jn 3, 5). Son, pues, el agua, que representa exteriormente el sacramento de la gracia, y el Espíritu, que obra interiormente el beneficio de la gracia, los que desatan el vínculo de la culpa y reconcilian el bien de la naturaleza (con Dios)”. San Agustín. *Carta 98*, n. 2; PL 33, 360.

63 “¿Qué le aprovecha al hombre la sola fe sana, o el solo sacramento auténtico de la fe, si la herida mortal del cisma ha destruido la salud de la caridad, por cuya sola ruina son arrastrados a la muerte también los otros miembros sanos? Para que no suceda esto, no cesa la misericordia de Dios, mediante la unidad de su santa Iglesia, para que acudan y sean curados mediante la medicina de la reconciliación y el vínculo de la paz”. SAN AGUSTÍN *Sobre el bautismo*, I, 8, 11; PL 43, 116.

64. Cfr. *La Ciudad de Dios*, XX, 9, 2; PL 41, 674, que habla sobre la Eucaristía ofrecida por los difuntos, y que, presentada ante Dios como sufragio, les obtiene la reconciliación que buscaron en esta vida.

un signo de reconciliación en medio de un mundo que sufre la división y la fractura producidas por el pecado. Siendo, como dice San Agustín, “mundo reconciliado”, ella –la Iglesia– patentiza que aquí, en esta existencia terrena, en nuestra vida temporal, es posible vivir la amistad y cercanía con Dios, es factible experimentar la unión amorosa con el Creador y vivir como hermanos de Cristo e hijos de un mismo Padre. En la polémica con los donatistas, San Agustín recuerda constantemente a sus adversarios que el gran pecado que han cometido es el de haber roto la unidad eclesial y haber quitado a la Iglesia su condición de signo. La propuesta que el Doctor de Hipona les hace es la de recuperar aquello que se perdió, o, con sus propias palabras, “reconciliarse con la unidad”:

“Y en esta vida no deja (Dios) de aumentar los flagelos, para que, considerando lo que padecen y por qué padecen, en algún momento se den cuenta, y quienes ya en la unidad de Donato recibieron el bautismo de los maximianistas, ahora abracen por la paz de Cristo el bautismo en la tierra, vuelvan a la raíz, se reconcilien con la unidad, vean que nada les queda por decir, sino por hacer, a fin de que por sus hechos pasados ofrezcan un sacrificio de amor al Dios fácil de aplacar, cuya unidad rasgaron con su nefasto crimen y a cuyos sacramentos infirieron prolongadas injurias”⁶⁵.

- **Una enseñanza para hoy**

La reflexión teológica agustiniana sobre la Iglesia como “mundo reconciliado” ofrece iluminación y esclarecimiento para la eclesiología actual. Ayuda a comprender y profundizar algunas dimensiones particulares del misterio de la Iglesia, y aparece como un criterio importante para categorizar la naturaleza misma del Pueblo de Dios. Así lo ha entendido la teología, y también el magisterio contemporáneo.

En su hermoso libro, *Meditación sobre la Iglesia*, el Cardenal Henri de Lubac dedica un capítulo al tema “La Iglesia en medio del mundo”. Constata la presencia de la Católica entre los hombres y los pueblos, y reconoce los frutos positivos que dicha presencia ha suscitado a lo largo de la historia, en el plano temporal y social. Pero, más allá de dichos beneficios innegables ofrecidos por la Iglesia a la humanidad, destaca lo que constituye su núcleo esencial: hacer presente en la historia la salvación de Jesucristo para todos los

65. SAN AGUSTÍN. *Sobre el bautismo*, II, 11, 15; PL 43, 136.

seres humanos, respondiendo así a las esperanza de eternidad que radica en el fondo de cada corazón:

“...Ya desde aquí abajo, e incluso desde un punto de vista humano, la Iglesia asegura entre nosotros esta comunión que nuestras civilizaciones modernas ignoran y que, además, nunca fue sino pasajera. ‘La esposa de Cristo no cesa de tener conciencia de esta Humanidad cuyo destino ella lleva en su regazo’.

Tal es por consiguiente el doble beneficio que reporta. Arca de salvación, ella nos salva de las olas de este mundo perecedero; pero al mismo tiempo recoge las esperanzas del género humano. *Mundus reconciliatus Ecclesia*⁶⁶.

Al tratar sobre la relación entre la Iglesia y los no cristianos, el *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), siguiendo la doctrina del Concilio Vaticano II, expuesta en la Constitución *Lumen gentium*, n. 16, recuerda que los miembros de otras religiones, aunque no compartan la fe en Jesucristo ni pertenezcan formalmente a la Iglesia, están de algún modo vinculados u orientados a ella, sea porque creen en el único Dios⁶⁷, sea porque entre sombras y bajo imágenes buscan al Dios desconocido, pero próximo⁶⁸. La Iglesia, para los no-cristianos, y en general, para todo hombre, está en medio del mundo como signo de unidad y de salvación, porque en ella está Jesucristo, el único Salvador del género humano:

“El Padre quiso convocar a toda la humanidad en la Iglesia de su Hijo para reunir de nuevo a todos sus hijos que el pecado había dispersado y extraviado. La Iglesia es el lugar donde la humanidad debe volver a encontrar su unidad y su salvación. Ella es el ‘mundo reconciliado’ (San Agustín, serm. 96, 7-9). Es, además, este barco que ‘pleno dominicae crucis velo Sancti Spiritus flatu in hoc bene navigat mundo’ (‘con su velamen que es la cruz de Cristo, empujado por el Espíritu Santo, navega bien en este mundo’) (San Ambrosio, virg. 18, 188); según otra imagen estimada por los Padres de la Iglesia, está prefigurada por el Arca de Noé que es la única que salva del Diluvio (Cf. 1 Pe 3, 20-21)”⁶⁹.

Las innegables coincidencias entre lo que enseña el *Catecismo* y la afirmación del Cardenal de Lubac antes citada⁷⁰, tienen un punto común, que es

66. Henri DE LUBAC. *Meditación sobre la Iglesia*. Madrid; Encuentro 1988, p. 150. Cita a San Agustín, *Sermón 96*, 8-9; PL 38, 588.

67. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 839-841, que habla sobre las relaciones de la Iglesia con los judíos y con los musulmanes.

68. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 842-843.

69. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 845.

70. El *Catecismo* parece recoger las reflexiones del Cardenal de Lubac en el n. 830, cuando, hablando de la catolicidad de la Iglesia, señala que ésta se entiende primeramente como totali-

la consideración de la Iglesia como “mundo reconciliado”. En uno y otro caso, hablar de “mundo reconciliado” es entender a la Iglesia como signo de unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. “Mundo reconciliado” significa que en medio del mundo y de la humanidad está Jesucristo ofreciendo el don de la reconciliación a todos. Con ello, se quiere indicar una dimensión de la Iglesia que el Concilio puso en primer plano. “Mundo reconciliado” es otro modo de señalar que la Iglesia es sacramento universal de salvación⁷¹. Se indica su dimensión visible, de ser signo que puede ser captado, ya que no es una realidad (la Iglesia) ajena al mundo, sino, como ya se ha explicado, está en el mundo. Pero se muestra al mismo tiempo aquello que tiene de particular, y que configura su identidad, que es la de reflejar algo que trasciende completamente lo que este mundo puede dar, y que es la reconciliación de Cristo. La Iglesia hace presente para todos los tiempos y para todos los hombres aquello que San Pablo describía: “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo”.

El Papa Juan Pablo II, en su Exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et poenitentia* (1984) dice que “la Iglesia, para ser reconciliadora, ha de comenzar por ser una Iglesia reconciliada”⁷² y la describe como el gran sacramento de reconciliación en el mundo, debido a que su existencia misma testimonia y representa la obra de Cristo; sirve a la Escritura que es anuncio gozoso de reconciliación, y por último, porque mediante los siete sacramentos vivifican a la Iglesia y otorgan la reconciliación para el mundo⁷³. Mediante el diálogo –entre otros medios– la Iglesia crea una concordia activa y, siendo capaz “de presentarse como testigo y operadora humilde de reconciliación respecto a las otras religiones cristianas y no cristianas, se convierte, según la expresiva definición de San Agustín, en un ‘mundo reconci-

dad o plenitud, y no en sentido cuantitativo. Por eso: “...La Iglesia, en este sentido fundamental, era católica el día de Pentecostés”. Compárese con lo que dice de Lubac sobre el mismo tema: “La Iglesia no es católica por estar actualmente extendida en toda la superficie de la tierra. Era ya católica la mañana de Pentecostés, cuando todos sus miembros cabían en una sala ...”. *Cateolicismo. Aspectos sociales del dogma*. Madrid; Encuentro 1988, pp. 37-38.

71. Cfr. Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, n.1; también n. 48: “Cristo ... envió sobre los discípulos a su Espíritu Vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación”.

72. Continúa el mismo texto: “En esta expresión simple y clara subyace la convicción de que la Iglesia, para anunciar y promover de modo más eficaz al mundo la reconciliación, debe convertirse cada vez más en una comunidad (aunque se trate de la ‘pequeña grey’ de los primeros tiempos) de discípulos de Cristo, unidos en el empeño de convertirse continuamente al Señor y de vivir como hombres nuevos en el espíritu y práctica de la reconciliación”. n. 9.

73. Allí mismo, n. 11.

liado'. Sólo así podrá ser signo de reconciliación en el mundo y para el mundo"⁷⁴.

La doctrina agustiniana de la Iglesia, "mundo reconciliado" es el modo peculiar que el Doctor de Hipona emplea para indicar la sacramentalidad de la Iglesia, su dimensión de signo y de portadora de la gracia. Pero, al mismo tiempo, es la manera que elige para destacar la centralidad de Jesucristo reconciliador, a quien la Iglesia hace presente con toda su fuerza salvífica. San Agustín brinda así una ayuda para profundizar en la reconciliación que, según Juan Pablo II, "se ha convertido en tema central de la tarea de la Iglesia hoy"⁷⁵.

Dr. Gustavo SÁNCHEZ ROJAS
Lima-Perú

74. Allí mismo, n. 25.

75. S.S. JUAN PABLO II. "La Eucaristía, fuente de reconciliación". Homilía en el Congreso Eucarístico de Téramo, 30 de junio de 1985, n. 2. En: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de agosto de 1985, p. 19.